

GALERIA DRAMATICA MALAGUEÑA.

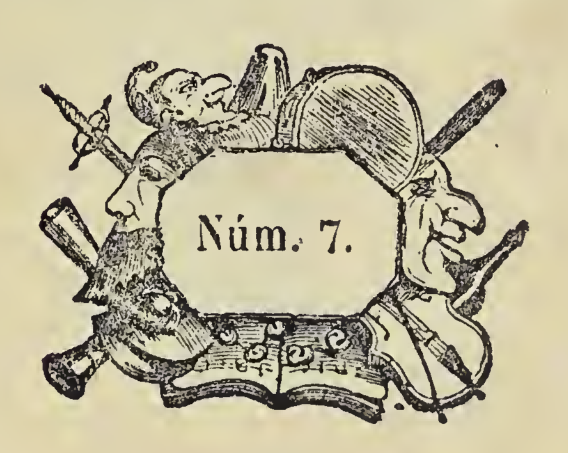
EL GITANO AVENTURERO,

COMEDIA EN TRES ACTOS

y en verso original de

D. ENRIQUE ZUMEL.

3 actos.—2 actrices.—4 actores.



Precio 8 rs.

MÁLAGA 1854.

La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.



GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

EL GITANO AVENTURERO.

[C]omedia en tres actos y en verso original

DE

ENRIQUE ZUMEL,

[re]presentada por primera vez con buen éxito en el Teatro de Toledo á beneficio de Doña

FRANCISCA SENRA.



Num. 7.

Precio 8 rs.

OCTUBRE 1854.

Málaga: La Ilustracion Española, calle Nueva, núm. 61.

Aprobada por la Junta de Censura de los Teatros del reino el 6 Octubre de 1850.

Imprenta de D. Francisco Gil de Montes, calle de Cintería, núm. 3.

PERSONAGES.	ACTORES.
Doña Maria.	*Doña Antonia Scapa.*
Clara.	» *Juana Zumel.*
Don Juan.	*Don Enrique Zumel.*
Don Pedro.	» *Juan Plaza.*
Don Rodrigo.	» *Pedro Moreno.*
Ginés.	» *Ramon Mazo.*



La escena pasa en Córdoba; reinado de los Reyes Católicos.



ACTO PRIMERO.

Habitacion de D. Juan.

Escena I.

D. Juan *y* Gines.

GINES. En grande curiosidad
me tienes, amo querido;
que te sirvo hace tres años;
todavia no me has dicho
quien eres, aunque bastantes
pruebas me das de amigo.
Soy tu escudo en las batallas,
y tu tambien lo eres mio:
solo sé que eres valiente:

muy afable y compasivo:
es tu genio, muy alegre;
mas galante, no lo he visto
en las villas ni ciudades
que juntos hemos corrido.
Tú que siempre de alegria
llenabas este recinto,
desde el dia del torneo
te encuentro muy pensativo,
silencioso, cabizbajo,
y la causa no adivino.
Contestas á mis preguntas,
con disgusto y con desvio.

D. JUAN. Ay amigo!... razon tienes:
un misterio... bien lo has visto:
tres años he conservado,
querido Gines, contigo
misterio que no mereces
porque leal me has servido.
Hora voy á revelarte...
pues dicen tienen alivio
las penas comunicadas
y de la prudencia fio.

GINES. Las penas comunicadas,
que se templan, es muy fijo.

D. JUAN. Yo he nacido en Aragon;
cinco lustros no he complido:
no he conocido á mi padre...
mi madre... ¡dolor impio!..
mi madre fué una jitana,
porque Dios asi lo quiso.

GINES. ¿Qué decis?.. Una gitana!..

D. JUAN. Son seis años, que el destino
de su vista me ha privado:
que perdí el amparo mio;
y la pobre al espirar,
una relacion me hizò
de su desgraciada historia,
que me dejó enternecido.
De Ronda en la serrania,

como tristes peregrinos
andaban pues mis abuelos.
Paseando por los riscos
apenas rayaba el alba,
mi madre por un mal sitio
que tiene la hermosa sierra,
encontrose un hombre herido
que arrojára su caballo;
y pronto el postrer suspiro
él hubiera allí exhalado
si mi madre no le ha visto:
corrió á llamar á los suyos
que hacia el rancho se habian ido,
y veloces acudieron,
le trataron como amigo,
y pronto de sus heridas
se encontró restablecido.
Pasaron como tres meses,
cuando el caballero dijo
que nuestro Rey de Castilla
con el de Francia reunido,
al pasar el Vidasoa
se hablarian; y ver hizo,
que luego á Fuenterrabía
tenia que irse.

GINES. (Maldito!)

D. JUAN. Dió palabra de volver
pronto, y para el camino
se aprestó lo necesario:
allí, todos afligidos
lloraban por su partida:
marchóse: solo suspiros
resonaban por las peñas
de aquellos fragosos sitios.
Tan solo quedó el retrato,
que mi madre habia podido
cojer, sin que lo notasen:
es el que traigo conmigo.
Mostrando el retrato que llevará al cuello.

GINES. ¿Ese que tienes al cuello

y que muchas veces miro?

D. JUAN. Éste: sí, amigo Gines:
y en este solo confio
para encontrar á mi padre:
pues nunca decirle quiso
á mi madre desgraciada
su verdadero apellido. *(Pausa)*.

GINES. ¿Pero no sigues la historia?

D. JUAN. Voy á seguir ahora mismo.
Sin recibir una carta
en tiempo ya transcurrido,
salió mi madre á buscarle
movida por el cariño:
nadie le daba razon
del rico noble, que impío
la causó su desventura.
La digeron que habian ido
muchos nobles á Aragon;
se marchó sin mas indicios,
y cerca de Zaragoza
nací: mas por el destino
mi madre así perseguida
solo cuidó de su hijo,
y hasta que estuvo espirando
esta historia no he sabido.
Quiero buscar á mi padre;
y porque dél me crea digno
trato pues con mis hazañas
de dar gloria al nombre mio.
Defendiendo á Castellar,
gravemente fuí herido:
corrí al ataque de Alhama;
y yo, con Martin Galindo,
fuimos de los primeros
que á sus murallas subimos,
y cuando luego los moros
volvieron á ponér sitio,
hicimos muchas salidas:
allí, en la orilla del rio,
muchos alarbes maté:

muchas veces el rio, tinto
se vió de sangre agarena,
de la que yo hube vertido.

GINES. Es verdad, sí! ¡Buenos lapos
por allí se han sacudido!

D. JUAN. El Rey moro de Granada,
volvió á ocupar el recinto
de Albama con nueva gente;
mas nada con ella hizo,
porque firmes y alentados
nosotros la defendimos.
El Rey premió mi valor
por haberme distinguido:
me hallé en el cerco de Loja
con el monarca benigno;
y tambien me distinguí..
aunque derrotados fuimos.
Viste en la Vega de Málaga,
como demostré mis brios.

GINES. Sí, que la vida te debo
y por eso con cariño
desde aquel felice dia,
como á un hermano te sirvo.

D. JUAN. No, porque nada me debes
que yo tuve igual peligro:
despues, sabes los combates
en que los dos estuvimos.

GINÈS. Sí; que matamos mas moros,
que nacen granos de trigo.

D. JUAN. Mas dime: Doña Maria,
¿de mi carta que te dijo?

GINES. ¿Qué dijo?... que te requiere:
que vayas, y sin ruido,
que en la ventana estará.
(*Sacando una llave que le dá*).
Ten la llave del postigo
del jardin: y al dar la una
que te llegues á aquel sitio.

D. JUAN. Gines!... ¡Que felicidad
es inspirarle cariño!...

mas ¡ay!... infeliz de mí!...
¡que pronto veré perdido
ese mi apreciable bien;
ese encanto tan divino!...

GINÉS. No llores por San Sotero,
que me pareces un niño:
tú temes que al declarar
de la madre que has nacido,
te mande que á los infiernos
vaya á dar tus suspiros;
no se lo digas ahora;
espera á que con delirio
esté de tí enamorada:
deja que amor infinito
arda en su pecho por tí,
y un dia... yo iré contigo:
tu le dices, que encontraste
por accidente imprevisto
un hombre que te ha esplicado,
y que dá por positivo
ese oscuro nacimiento:
y que así, que no eres digno
de á dama de tal copete
aspirar al atractivo.
Veras como gime y llora;
veras como dice... «¡hijo!...
¡aunque seas lo que fueres,
yo quiero vivir contigo!»
Los parientes se opondrán;
pero sírvales de aviso,
que tengo muy buena espada
y tú la tienes lo mismo:
la robamos en un vuelo:
Si el lance os sale propicio,
en la parroquia cercana
andando pronto el camino
entrais, y de sopeton
se consuma el sacrificio.

D. JUAN. No, Gines: quiero decirla
quien soy, porque me colijo

que si yo la engaño ahora
y me entrega su alvedrio,
despues me maldecirá...

GINES. Pues don Juan, de positivo
que si obras como honrado,
que te pierdes vaticino (*Se oye un relox*).

D. JUAN. Las doce y media ya son:
vamónos Ginés al sitio:
que sea lo que quiera el cielo,
y cúmplase mi destino!

GINES. Cojo sombrero y espada,
y anda ya, que te sigo.

Escena II.

Jardin con un pabellon que tenga dos ventanas practicables: una de frente al espectador, y otra á la derecha del actor el pabellon estará á la izquierda en primer término D. Pedro *y* D. Rodrigo *en el jardin* Doña Maria *y* Clara, *en el pabellon: en la ventana de frente al público.*

D. RODRIGO. Lo que digo es la verdad,
y no debes poner duda.
Yo bien sé que Maria adora
á un hombre oscuro, que busca
el ennoblecer sus echos
con lo noble de tu cuna:
es un vil aventurero,
y esos amores te injurian:
él la habla por las ventanas
en noches de clara luna,
y esta afrenta, hermanomio,
no debes sufrirla nunca.

D. PEDRO. ¿Y donde pudo mi hija
sin concurrir á tertulias,
ni asistir á los paseos
conocer á ese que insultas?

D. RODRIGO. ¿No te acuerdas del torneo

que se dió por orden tuya?
¿no recuerdas el infame
que con los nobles, la lucha
emprendió sin descubrirse,
y al decirle se descubra
por ceñirse la corona
de vencedor se apresura?

CLARA. Pues yo os confieso Señora,
que mucho Gines me gusta.

MARIA. Y mucho quiero á D. Juan,
aunque quiso la fortuna
que haya nacido plebeyo;
mientras yo de noble alcurnia
no podré darle mi mano,
ni ser dueña de la suya.

RODRIGO. Pero tu ¿cómo un agravio
en esa pasion no fundas?
¿No ves en ese insolente
un villano...

PEDRO. Hermano, escucha.
Yo no veo en ese jóven,
mas que un hombre, que procura
distinguirse en sus acciones:
un jóven, que á aquella turba
de nobles almibarados
que entre nosotros abunda,
la humilló con bizarria:
pues á aquel que se aventura
á lidiar con él, al punto
él le obliga á que sucumba!

RODRIGO. ¿Y acaso será posible
que te olvides de tu cuna,
y defendiendo el audaz
con tu misma hija le unas?

PEDRO. ¡Basta Rodrigo!... No sé
porqué de esta suerte arguyas:
no he dicho que á sus amores
les voy á prestar ayuda,
con decir que es un valiente,
que con su destreza, junta

un corazon noble y franco.
Porque si los nobles juzgan
con desprecio á ese mancebo
y con su altivez le abruman,
yo pienso que vale mucho.
Batir al moro no escusa
por servir á nuestra patria,
y con su brazo la escuda.
Pero tiene la desgracia,
que á su padre no le ocurra
ó á sus abuelos, ganar
por intrigas ó por una
bizarria un pergamino
ó comprar de alguna alcurnia
elevada los blasones,
por que ahora no le escupa
esa nobleza pedante,
que no puede valer nunca
la mitad de lo que vale
el héroe que nos ocupa
y que por ser un plebello
la sociedad le rehusa.

MARIA. Esta desgracia, en silencio
es fuerza que me la sufra,
aunque cause al corazon
una insoportable angustia.
Amo á Don Juan, ya lo sabes!
mas al decirlo, se turba
mi razon; que al fin, yo soy
de muy elevada cuna.

CLARA. Es verdad: y á vuestro padre
no creo jamas le ocurra
consentir en ese enlace
que fuera vuestra ventura.

MARIA. No temo tanto á mi padre,
como al tio que me asegura
tanta dicha, al desposarme
con Don Diego Ponce y Luna.

RODRIGO. Pues vente pedro conmigo
y en este lado te oculta,

que en esta noche vendrá
á hablar con ella, sin duda;
y entonces veras que es cierto
lo que Rodrigo asegura.

PEDRO. Accedo: pero no aguardo
nada mas, que hasta una. *(Se oculta.)*

Escena III.

Maria y Clara.

MARIA. Me parece que aun le veo
despues que pasó el cercado,
con su magnífico arreo
sobre el alazan tostado.
Vizarro fué su ademan,
y allí, llamó la atencion;
pues que vieron en D. Juan
al mas bravo campeon.
Las bellas le celebraron
al ver que valiente lidia,
y los hombres se irritaron
cuando le vieron, de envidia.
Bien, que tuvieron razon
entonces en envidiarlo;
lidiando, del fuerte arzon
ninguno logró sacarlo.
Era noble su figura:
admirable su destreza:
muy guerrera su apostura:
singular su gentileza.
Y su yelmo reluciente
bajo el penacho ondulante.
aunque cubriera su frente
adornaba su semblante.
Su rizada caballera,
era mecida del viento
del bridon á la carrera

en ligero movimiento.
En fin, allí parecia
sin fingimiento ni arte,
como me llamo Maria,
vivo retrato de Marte.
Y todos al deslucirlo,
con empeño procuraron:
no pudieron conseguirlo,
que deslucidos quedaron:
por que al dirigir su lanza,
él iba muy satisfecho
de que aquella su pujanza
no resiste ningun pecho.
Y nadie la resistió:
y el que procuró intentallo,
vencido allí se miró
á los pies de su caballo.

Escena IV.

D. Juan *en la reja del lado de* Doña Maria: Clara *pasa á la de la derecha á donde se acerca* Gines: D. Pedro *y* Rodrido *al paño escuchando.*

D. JUAN. ¡Hermosa Doña Maria!
GINES. A Dios, hechizo adorado!
D. JUAN. Sois de beldad un dechado.
GINES. Eres... mas Clara que el dia.
MARIA. Decidme: ¿es de confianza
el criado que traeis?
CLARA. ¿El amo que hora teneis
os concede su privanza?
JUAN. Os aseguro que es fiel,
y muy listo servidor.
GINES. Quiero mucho á mi señor,
porque á mí me quiere él.
MARIA. Ya accedí á vuestro deseo,
y otra cita os concedí.

JUAN. Y yo veloz acudí,
aunque desdichas preveo.

CLARA. ¿Y es el amor verdadero
del traviesillo Gines?

GINES. Pues dime Clara: no ves
que por tus amores muero?
no como, desde que te ví;
tampoco gozo del sueño,
porque tú mi dulce dueño
nunca me dices que sí.
Y eres conmigo cruel
mi reconcomio querido,
aunque bien has conocido
que te amo con todo aquel...

MARIA. Sí, os adoro con afan,
aunque mi padre desea
que esposa de otra me vea
mi idolatrado D. Juan:
pero desde el dia que os ví
en las justas tan valiente,
al coronar vuestra frente
el corazon os rendí.

RODRIGO. (Pedro, dí! ¿Lo estas oyendo?
lo que digo crees ahora?)

PEDRO. (¡Por la virgen mi Señora
que dudo cuanto estoy viendo!)

CLARA. En el dia Gines querido
que aquella carta trajiste
y que á mi señora viste,
yo por ti, perdi el sentido.
Oculta tras de un tapiz
que hay en la habitacion,
yo te vi: y mi corazon...

GINES. ¡Oh querida fregatriz!...
me innundas de gozo el pecho!
Tuve el corazon hinchado:
mas con eso que has hablado,
mi pasion has satisfecho.

JUAN. Cuando en el torneo entré
cabalgando en mi alazan,

os juro á fé de **D. Juan**
que solo á vos os miré.
Yo supe que vuestra mano
al vencedor premiaria:
os juro, por vida mia,
que ese rostro soberano
alentó mi corazon
y le dió fuerza á mi brazo,
para dar fuerte porrazo
á aquel valiente infanzon
que me opuso su pujanza,
y que antes sea el terror
de todos, por su valor,
y su destreza en la lanza;
le vencí; y á vos Señora
esta victoria debí,
porque me alentaba... sí!...
vuestra imagen seductora:
y cuando alcé la celada
gritaron... ¡aventurero!...
tanto noble caballero
contra mí sacó su espada,
que como si hubieran visto
un ejército enemigo,
para combatir conmigo
se aprestaron... ¡vive Cristo!
Y yo mi espada sacando,
tranquilo los esperé:
á vos señora os miré,
y á todos fuí arroyando:
presto del arco salí
dejando muchos heridos;
¡cuantos ecos doloridos
resonaron por allí!
Mas solo en mi corazon
sentí una herida cruel,
que estaba labrando en él
una ardorosa pasion.
No fueron los caballeros
los que la herida causaron;

que mi pecho lastimaron,
vuestros ojos hechiceros.

CLARA. Pero dime, Gines mio.
¿cuanto tiempo me querrás?

GINES. ¿Cuanto tiempo? Ya verás!
todo lo que dure el frio.

CLARA. ¿Pero eso mas? Padiez!...

GINES. No!... Cuando pase el verano,
tenemos en nuestra mano
el querernos otra vez.

CLARA. ¿El invierno solo, ganso?

GINES. El invierno: si señor!
Porque tambien el amor,
necesita de descanso.

MARIA. ¿Con que misterio decís,
que si lo llego á saber
os tengo de aborrecer?...

JUAN. Si señora: lo que oi!
no os he querido engañar:
habeis dicho que me amais,
y el misterio que ignorais
os lo voy á declarar.
Así mi Señora, oid!..

CLARA. ¿Pero es noble tu Señor?...

GINES. Es hombre de gran valor:
mas noble... que el mismo Cid.

MARIA. Estoy en esta ventana
dispuesta tan solo á oiros.

JUAN. Y yo tengo que deciros;
soy hijo... de una gitana!...

RODRIGO. (Oyes?)

PEDRO. (Oh! que horror!)...

MARIA. Cielos!...

JUAN. Ah!... Ved si soy desgraciado!...
Pues bien!.. mi padre ha causado
á mi madre sus desvelos:
Era un noble: ciertamente
debió á mi madre la vida:
mas luego, dejó esculpida
huella de horror en su frente:

huyó dejándola en cinta:
yo conservo su retrato,
y de conocerle trato
siempre por parte distinta.
Un gitano, aventurero
solo á vuestros ojos soy,
que ansioso buscando voy
á quien encontrar no espero.
Considerad mi dolor;
que sin elegir yo madre,
por no conocer mi padre
no puedo tener amor.
Todas las damas, desprecian
al hijo de una jitana:
porque la pompa mundana
es tan solo lo que aprecian.
Yo ocultaros he podido
este bajo nacimiento,
mas luego, con sentimiento
me habriais quizá maldecido.
Ya veis lo poco que valgo:
negadme ya vuestro amor,
y yo entregado al dolor....
INES. En eso, ni entro ni salgo.
ARIA. He nacido en noble cuna;
y si no nacisteis vos,
solo es la culpa de Dios
y vuestra mala fortuna.
Sois honrado: generoso,
y ningun noble os rindió:
por eso os adoro yo:
por bizarro y valeroso.
LARA. ¿Cuando nos casaremos?
INES. Cuando quieras, vida mia.
Pero pronto vendrá el dia:
ya quizá nos marcharemos.
EDRO. ¡No sufro mas, vive Dios!....
ODRIGO. ¡Matemos á ese atrevido!
debes pues que lo has oido,
esterminar á los dos!

D. Rodrigo *y* D. Pedro *desenvainan, y acometen á* D. Juan, *este hace frente á los dos, hasta que* Gines *acude y se bate con* D. Rodrigo: Clara *y* Doña Maria *se quitan de las ventanas.*

CLARA. Ah!

MARIA. Cielos!

JUAN. Gines! á mi!

GINES. Ola picaros!... traidores!..
¿qué es eso? eh! atrás Señores.

RODRIGO. Oh insensato!... ay de ti!...

GINES. Parece que tienes brio!...
aprieta que no me importa!....
pero tu espada es muy corta.
y no alcanza al pecho mio.

PEDRO. ¡Maldicion!....

(*Es herido en el brazo derecho y desarmado*).

RODRIGO. Traidor!... malvado!

Es desarmado por Gines: Don Juan vé sus facciones á la claridad de la luna y detiene á Gines que vá á herirlo: todo muy rápido.

JUAN. Mas cielo! que es lo que veo?...

GINES. Vas á morir segun creo!

JUAN. No le mates, desgraciado!

(*Se lleva á* Gines, D. Rodrigo y D. Pedro *se miran confundidos*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Don Pedro.

Escena I.

Clara.

¡Jesus, y cuanta tramoya
ha habido de anoche acá!
Don Pedro Vargas herido,
y vencido por Don Juan:
Don Rodrigo enfurecido
jurando le ha de matar:
mi señorita, llorando
en su habitacion está:

de suerte, que si estas cosas
siguen del modo que van,
á Ginés y á mis amores
será fuerza renunciar.
¡Pues tambien es fuerte cosa!
¿Porqué no se ha de casar
la señorita Maria
con ese guapo galan?
¡Qué es hijo de una gitana...
¿pues quién puede asegurar
que en su linage no ha habido
en lejana antigüedad,
gitano ni pregonero;
cortesano ni gañan?

Escena II.

Clara *y* Ginés.

GINES. Adios, venerado ídolo:
encanto fiel de mi ánima:
á mirarte llego intrépido,
y mas ligero que un águila.
CLARA. ¿Pero no temes, estúpido,
que venga ese listo sátrapa:
ese rabioso energúmeno,
que Dios guarde.... bajo lápida,
con sus armas, y que al ímpetu
de su furia que es muy rápida
te quiera dejar escuálido?
GINES. Es una furia fantástica
la de ese hidalgote pérfido.
CLARA. Pero mira que es cantárida
un cobarde: conque guárdate,
que tiene muchas camándulas
y con las traiciones hórridas
se venga.
GINES. Segun tu plática,
temiendo estás que ese bárbaro

á traicion me rompa el ánima!...
Pues no!... sosiega tu espíritu,
y no seas Clara, tan cándida!
¿Y tu señora lindísima?

LARA. El verla me causa lástima,
pues por la escena diabólica
de anoche, vierte mil lágrimas.

INES. Pues mi amo, inventa solícito
una intriga diplomática
por ver á su dama tímida,
sin valerse de las cántigas
de amor, con que fué súbito
á llamarla en noches plácidas.
Y dice será su cónyugue,
aunque una oposicion bárbara
demuestren esos malébolos
de fachas tan antipáticas.

LARA. ¿Y como pudiste, mísero,
llegar aqui dentro?

INES. ¡Cáspita!
¿no sabes que el estrambótico
que parece fea carátula
y es portero, con el líquido
de baco y la mucha plática
se gana?

LARA. Sé que el bucéfalo,
es un tonel; una cántara.
¿y él te introdujo?

INES. ¡Justísimo!

LARA. Al verte me quedé estática
temiendo un suceso lúgubre

INES. Ya ví te pusite pálida.

LARA. ¿Y el verme fué tu propósito?

INES. Y al par burlar á ese trápala,
para hacer veces de intérprete
con tu señorita: llámala.

LARA. Voy á cruzar aquel tránsito,
y tu encargo pondré en práctica;
porque yo, el servir al prójimo,
amigo, tengo por máxima.

Escena III.

Gines.

¡Y cuanto teme Clarilla
que se cuelen de rondon
tio y padre, y que me encuentren,
y que me embistan los dos!
Bien mirado, es muy posible;
porque quiere mi señor
tambien en que haga unas cosas...
la fortuna es, que me dió
la naturaleza puños
y muy ancho el corazon;
y que por servirle á él
que la vida me salvó,
iré aunque sea á Marruecos
sin ninguna dilacion;
y seré capaz osado
de introducirme veloz
en su mezquita, á robarles
del profeta el sancarron.

Escena IV.

Ginés, Clara *y* Maria.

MARIA. ¿Donde se encuentra Don Juan?
GINES. Como ha poco me mandó
para esplorar, subi yo;
él espera en el zaguan.
De suerte, que si quereis,
al punto voile á decir
que á hablaros puede subir,
y aqui mismo le hablareis.

MARIA. ¡Ay Clara, que yo no sé!...
CLARA. ¿Pero no quereis hablarle?
MARIA. Clara, sí!...
CLARA. Puedes llamarle! (*A Gines*).
¡cobarde estais por mi fé! (*A Maria*).
Gines, avisa al momento,
sube Don Juan prontamente,
os poneis luego al corriente
y os dice cual es su intento.
En tanto, Gines y yo
en esa puerta acechamos,
si vienen, os avisamos.
MARIA. Y aunque avises le ven.
CLARA. No!
Que en caso de que marchar
no pudieran sin ser vistos,
los dos en en mi alcoba, listos
se pudieran ocultar.
Que no faltará ocasion,
pues que al portero ganaron,
de salir por donde entraron
sin trastorno ni lesion.
MARIA. Que suba, irasle á decir.
GINES. Se lo diré en el momento,
y alegre, hasta este aposento
vereisle al punto subir.

Escena V.

—

Clara *y* Maria.

MARIA. Mucho temo que aqui entre
Don Juan, por que no suceda
que volver mi padre pueda,
y al llegar aqui le encuentre.
CLARA. Señora, tened valor:
tambien un poco temí,
al ver á Gines aqui,

de vuestro padre el furor.
Mas luego he reflexionado
que atisbando la venida
del padre, si no hay salida
la aguardará allí encerrado.
¿Qué importa que el padre llegue
cuando estuvierais hablando,
y escena de contrabando
en el momento se juegue,
como antes gozarais ya
de una dulce sensacion,
y de gozo el corazon
os hiciera tipitá?
Vendrá, y os dará un abrazo;
y aunque un fracaso suceda,
¿quién quita decirse pueda...
por un gustazo un trancazo?

MARIA. ¡Oh Clara! tu pecho tiene
anchura tan estremada,
que nada te asusta; nada!

CLARA. Silencio, que creo que viene!

Escena VI.

Maria, Clara, D. Juan *y* Gines.

MARIA. Don Juan!

D. JUAN. ¡Hermosa Maria!
¡Bella prenda de mi amor!
Sois mi bien ¡Sois mi alegria!
vos sois la esperanza mia!

MARIA. Hablad bajo por favor!

D. JUAN. No temais, que no me oiran;
pues por mi ingenio, ganados
tengo todos los criados,
y cerca de aquí no estan
que se hallan muy retirados.
Vuestro padre, ya salió:

tambien salió vuestro tio,
y vuestro amante encontró
por veros ídolo mio,
el medio que ya empleó.
Mostrad sereno el semblante;
que no os ocupe el pesar,
pues ya veis que en este instante,
el gozo de vuestro amante
imposible es de esplicar.

ARIA. Pero Don Juan; ¿no sabeis
que me teneis disgustada?
enojada me teneis,
pues contra mi padre, habeis
sacado anoche la espada!

. JUAN. Es cierto, que desnudé
contra Don Pedro mi acero:
cierto que con él luché;
mas sabeis que me porté
tambien como caballero.

INES. Demas atrevido anduvo
el tio: pero yo de un chirlo
le iba... mas me detuvo
Don Juan; esa suerte tuvo:
pues de otro modo, lo birlo.

LARA. ¿Lo birlas? Jesus que horror!...
una muerte en el jardin!...
¿y como tener valor....

INES. Si no es por Don Juan, su fin
le llegaba á aquel Señor.

. JUAN. No temas, mi bien, así
de tu padre la venganza;
desecha el recelo, sí!
que cuando llego hasta aquí,
vislumbro alguna esperanza.
Anoche, á la claridad
de la luna trasparente
miré con grande ansiedad,
y ví por casualidad,
mi esperanza de repente.

LARA. Ya sé que tú no me quieres;

por eso en mí no confias.

GINES. Por cierto que las mugeres
teneis muy raras manias!

CLARA. Si motivo no me dieres...

GINES. ¿Pues que motivo te doy?
¿postrado ante tí no estoy?

CLARA. Todo tu amor, es mentira!

GINES. Calla!

CLARA. No quiero!

GINES. Mira
que si no callas, me voy!

CLARA. Eso sí que tú lo haras!...
de ese modo me amenazas:
yo lloro... y quieto te estás!...
me quieres... y no me abrazas!...

GINES. ¡Por vida de Barrabas!...
¡Para un abrazo pedir
tanto pujar y gemir!...
supuesto que lo querias,
pudierásmelo decir
y ya abrazada serias! (*La abraza*).

JUAN. Ya te dige en mi agonia,
con un pesar bien prolijo,
anoche bella Maria,
que yo de un noble soy hijo:
gitana; la madre mia:
tambien dige que el pesar
por siempre me atormentaba,
porque tras tanto indagar
no he podido nunca hallar
á ese padre que buscaba.

CLARA. ¡La mano besarme á mí?...
¡márchese al punto de aquí!

GINES. Mas muger... ¡por san Benito
si te enfureces así...

CLARA. Que se marche le repito!...

GINES. Antes que me marche yo,
escucha atenta un momento:
porque ahora se me ocurrió
referirte aqui...

CLARA. No, no!...

GINES. Atiende, porque es un cuento.
Un borrego paseaba
saltando de cerro en cerro:
y descuidado se andaba,
porque le guardaba el perro
por si el lobo se acercaba.
Pero al punto se encontró
la piel de un soberbio lobo,
que sin duda la perdió
el hombre que lo mató,
asi discurrió el muy bobo.
Si yo esta piel me vistiera
al rebaño bajaria:
y el carnero que me viera
por un lobo me tuviera,
y de mí se esconderia.
Y dicho, y hecho vistió
la piel del fiero animal
y hacia el rebaño bajó:
casi todo, al verle huyó
con carrera sin igual.
Solo un carnero ladino
se estuvo allí con sosiego,
y le dijo... «Desatino...
»que me asustes no imagino,
»pues te conocí borrego.»
Y ahora el cuento te aplica,
y vé lo que significa:
un abrazo, me pediste
antes; sí, mi Clarica!...
y ahora fiera te pusiste,
porque tu mano besé:
y como yo no soy lego,
te digo... ¿pues como á fé?...
¿De pronto ese orgullo?... ¿A qué?...
¡si te conocí borrego!...

MARIA. Solo me alienta, bien mio,
el mirar tu confianza:
pues pienso no es desvario

de tu mente esa esperanza,
y de tu prudencia fio.
De todos modos Don Juan,
ya sabes, que eres mi afan;
que con delirio te adoro;
que á tí, mi bien: mi tesoro,
todos mis suspiros van.

Escena VII.

Dichos, Don Pedro.

PEDRO. Cielos!...
JUAN. ¡Gran Dios!
MARIA. Mi padre! (*Vase*).
CLARA. Jesus!... (*Vase corriendo*).
GINES. Aguárdate, tonta!
JUAN. Oh...
PEDRO. (*A Gines*). Salid al momento.
GINES. Como mi amo no se oponga...
JUAN. Retirate: yo lo mando.
GINES. Eso amigo, es otra cosa.

Escena VIII.

D. Pedro, D. Juan.

PEDRO. ¿Habeis venido aquí, infame,
á gozar con mi deshonra?
JUAN. Solo quiero á vuestros pies,
pediros perdon ahora:
quiero evitar vuestro enojo...
PEDRO. Estraño que vuestra boca
tales palabras pronuncie,
cuando todas mis congojas

las habeis causado vos
con esa pasion diabólica.

JUAN. Si el cielo puso en mi pecho
un corazon, que atesora
sentimientos elevados
y que mi mente trastornan,
la culpa es suya, Señor:
no del misero que llora
la suerte con que ha nacido,
que en verdad es horrorosa!
A vuestra hija, la idolatro,
sé que dármela es deshonrra,
y por eso me resigno:
sufriré la cruel ponzoña
que acibara mi ecsistencia:
la vida, nada me importa;
tan solo vuestro perdon
mi humildad aquí os implora.

PEDRO. (*Despues de una pausa*).
Mi perdon!.... Os lo concedo
con una condicion sola.
Renunciad pues, á ese amor:
no turbeis la paz dichosa
que en la mente de Maria
habia reinado hasta ahora!
si lo haceis, tal sacrificio
se agrabará en mi memoria.

JUAN. Don Pedro... yo os lo prometo
aunque fácil no se borra,
de mi corazon sensible
esta hoguera abrasadora...
Pero haré este sacrificio!...
Mañana al salir la aurora,
prometo que iré á reunirme
con las castellanas tropas.

PEDRO. Maldecid la sociedad;
por ella ecsijo tal cosa:
la nobleza verdadera,
es la que el pecho atesora;
que la nobleza heredada,

el tenerla, nada importa!...
Si esa sociedad maldita
que de ser buena blasona
no hechára sobre mi frente
sus miradas espantosas,
y su escarnio; y el desprecio
conque tanto nos agovia,
al punto á mi hija querida
os la diera para esposa:
que á mi, me bastan las prendas
que adornan vuestra persona.

JUAN. Esas palabras, Señor,
en parte mis penas borran,
pues quiero vuestra amistad
obtener á toda costa.
Marcharé, pues que lo exigis;
y en esta ausencia penosa
y que acaso será eterna,
mi humildad de vos implora
una gracia solamente.

PÈDRO. Dígala ya vuestra boca.

JUAN. Que no culpeis á Maria
ángel que mi pecho adora,
porque mi amor es mas puro,
que el sol que el orbe colora!
Que lejos de reprenderla
con palabras injuriosas,
seais solo su consuelo
y la hagais, Señor, dichosa!

PEDRO. Esa gracia, ya mi labio
en el momento la otorga.
Os ireis sin esperanza
por el amor que os acosa,
pero yo os la quiero dar
para animar vuestras obras.
Si adquiris por una hazaña
ó alguna nueva victoria
un título de nobleza....
yo os entregaré una esposa.

JUAN. Gracias!.... Gracias!... partiré!...

partiré sin mas demora;
yo montaré mi bridon
y unido á valientes tropas,
al Rey traeré prisionero
todos los Reyes de Europa¡

PEDRO. Bien, Don Juan!... Bien¡... Ese brio,
vuestro corazon abona:
marchad al punto, que aquí
un amigo, desde ahora
vuestra vuelta esperará.

JUAN. Descuidad, que será pronta!

Escena IX.

Don Pedro.

Recelo que sus deseos
el buen jóven no consiga,
y á fé que bien lo quisiera
porque es un mozo gentil.
Contento estoy ya, de haberle
tendido mi mano amiga,
y quiera Dios que en la guerra
consiga lauréles mil.
Que en tanto, aqui retirado
yo velaré por Maria,
y dichoso si consigo
sus dolores consolar.
Y si mi hermano se empeña
sin piedad de su agonia
en violentar su alvedrio
no la llevaré al altar.
que es hija de aquella esposa..
¡ay Dios!... que cúpome en suerte,
y fué la blanca azucena
que el alma me cautivó.
Y aquella flor delicada
cuando le cojió la muerte,

en la inocente Maria
su capullo me dejó.

Escena X.

D. Pedro, D. Rodrigo.

RODRIGO. ¿Será posible lo que abajo ahora
me acaban de decir?... Responde, Pedro!
PEDRO. Mientras que no te espliques de otro modo,
ignoro yo lo que decir pudieron.
RODRIGO. Digeron que el gitano maldecido
que abatió en el jardin todo tu esfuerzo,
esta mañana se introdujo en casa,
y le has hablado tu en este aposento!
PEDRO. Le he visto, hermano, y aun tambien
le he hablado.
RODRIGO. ¿Hablaste tú con él, y no le has muerto?
PEDRO. ¿Yo matarle?... Y á qué esa tropelia?...
RODRIGO. ¿Y asi te olvidas tus deberes, Pedro?...
ignoras tú que el nombre que llevamos,
al morir nuestro padre quedó ileso,
y que nosotros al sobrevivirle
ileso siempre conservar debemos....
PEDRO. Procura hermano, tú no mancillarlo,
que yo sé mi deber; te lo prevengo.
RODRIGO. Mal lo sabes, por Dios, cuando ese infame
con horrible baldon te está cubriendo,
y tú, la mano sin reparo tiendes
al miserable y vil aventurero!
PEDRO. No es tan vil como tú te lo figuras.
RODRIGO. ¿Acaso le defiendes?
PEDRO. Le defiendo!
Pues que hablar de esta suerte me precisas,
ya lo escuchas al fin.
RODRIGO. ¿Que estoy oyendo?...
¿Tú del gitano despreciable, intentas
la defensa tomar con tanto empeño,

sin ver que osado, en tu Maria pone
el infame su altivo pensamiento,
y cuando no hay en Córdoba un hidalgo
que no le mire ya con menosprecio?...

PEDRO. Pues á pesar de todos esos nobles
que deshonran la patria en que nacieron,
al despreciable y vil, como le llamas,
yo de hoy mas... sí, Rodrigo, le protejo...
Y no pienses que son necios caprichos;
voy á decirte la razon que tengo.
Ese jóven que tanto se desprecia;
ese valiente y sin igual mancebo,
si no heredó nobleza de sus padres
ha sabido ganarlas por sus hechos.
Y si no la adquirió para vosotros
que sois tan orgullosos y tan necios,
la ganó para mí que sus acciones
en todo su valor se las aprecio.
Porque unos pergaminos arrollados
sus padres á ese jóven no le dieron,
sus virtudes, sin cuento, no se estiman,
y se le ofende así, con vil denuestos!...
¿Pues eres tú, mas digno de llamarte
un gran Señor y noble caballero,
tú que con vicios y menguadas obras
llenas de oprobio el nombre que te dieron?
Es verdad, que en el mundo, solamente
culpables aparecen los pecheros;
y el vicio que en el noble es humorada,
es crimen sin perdon en el plebeyo!

RODRIGO. Es decir, que á tu hija desgraciada,
desposarás con ese aventurero!...

PEDRO. Poco á poco Rodrigo: no adelantes,
que al defenderle yo, no he dicho eso.
Es cierto, que por mí, los desposára;
mas la maldita sociedad, la temo:
su crítica mordaz, no quiero llegue
á ensañarse en nosotros, porque veo
que fuera mengua, ser vilipendiados,
por esa vil caterva de muñecos.

RODRIGO. Pero hermano, repara lo que dices.
PEDRO. Apetezco estar solo.
RODRIGO. Con Dios, Pedro.

Escena XI.

D. Pedro.

Mi hermano, con su nobleza
está importuno á fé mia;
¡con sus necias pretensiones
de dar esposo á mi hija!...
Mas vale que su conducta...
Vuelo al lado de Maria!...

Escena XII.

Gines *y* Clara.

CLARA. Al cabo Gines volviste...
GINES. Triste...,
CLARA. Una pena hay que te mueva...
GINES. Nueva....
CLARA. Dame noticias, que á fe...
GINES. Te daré,
Como dártelas, no sé,
que ahogándome está el pesar!..
CLARA. Vamos, ¿quiere despachar?...
GINES. Triste nueva te daré....
CLARA. Vamos.... habla de ese asunto....
GINES. Al punto!
CLARA. Que esperando estoy, repara!
GINES. Clara!...
CLARA. Despáchate!... ¡qué tormento!...

GINES. Me ausento!..
Por esto es mi sentimiento:
considera mi ansiedad!...
CLARA. Pero Gines... ¿Es verdad?...
GINES. Al punto, Clara, me ausento.
CLARA. ¿Y quien causa nuestro afan?
GINES. Don Juan!
CLĂRA. ¿Don Juan lo causa? ¡Anda, bolo!..
GINES. Solo...
CLARA. ¿Don Juan lo determinó? ..
GINES. Lo mandó.
Y tal cosa imaginó,
diciendo que es por su bien.
CLARA. ¿Y te marchas tú tambien?...
GINES. Don Juan solo, lo mandó.
CLARA. ¿Y el viage, largo será?
GINES. Quizá...
CLARA. ¿Y es posible que tal halla?
GINES. Vaya!
CLARA. ¿Y marchais si á efecto llega...
GINES. A la Noruega!
Por mí Clara, al cielo ruega,
supuesto me ves partir:
porque de pena, á morir
quizás vaya á la Noruega!...
CLARA. ¿Qué te moriras allí?
GINES. Sí!...
CLARA. ¡Qué me entristeces, repara!...
GINES. Clara!...
CLARA. ¿Cartas tuyas no veré?...
GINES. Te escribiré...
Ese consuelo tendré
para mi dolor impio.
GLARA. ¿Pero es verdad, Gines mio?...
GINÉS. Si, Clara, te escribiré!
CLARA. ¿En qué ocasion tan funesta...
GINÉS. En esta!...
CLARA. Es la pena que te embarga...
GINES. Amarga!...
CLARA. ¿Y tu alma está dolorida...

GINES. Partida!...
¿No ves mi llanto, querida?...
CLARA. Enjúgalo, que es razon:
pues llevas mi corazon
en esta amarga partida!...
GINES. Pero si tu amor se trunca...
CLARA. Nunca!
y temo pues así acudes...
dudes...
GINES. ¿De qué me fio, si no sé...
CLARA. De mi fé!...
GINES. Ay!... por confiar haré,
mas temo mi suerte impia.
¡No me olvides, prenda mia!...
CLARA. ¡Nunca dudes de mi fé!
Mas temo, por Belcebú...
GINES. Tú?
CLARA. Que harás, mi pecho presiente...
ausente...
GINES. Qué haré yo? Qué!... ¿Acabaras?...
CLARA. Me olvidaras!
GINES. Tal falsia, no hallarás
jamás en el pecho mio:
te quiero, con desvario!
CLARA. Tu ausente me olvidaras!
GINES. No comprendes una q
tú,
de lo que mi pecho siente
ausente.
CLARA. Pronto en mí no pensarás;
me olvidarás!...
GINÉS. Con el tiempo lo verás,
aunque pienses al revés.
CLARA. Desengáñate, Gines:
Tú ausente me olvidarás.

Escena XIII.

Dichos, Maria.

MARIA. Hablais de ausencia los dos,

Si mal no pude escuchar.

LARA. Es, que se van á marchar!

INES. Y muy pronto... ¡vive Dios!

ARIA. Y Don Juan ¿cómo cruel
cuando antes conmigo habló
tal partida me ocultó?

INES. Ahora os manda este papel.
(Dándole la carta).

ARIA. Dejadme sola, que quiero
con su carta consultar.

INES. Sola os vamos á dejar.

LARA. Gines.... por aquí, ligero....

INES. Al punto, tu mano tomo
tu, el rumbo que me guie toma:
Vé delante tú, paloma,
que yo seré tu palomo.

Escena XIV.

Maria.

Leyendo. «Dueño hermoso de mi vida!
»con el mas acerbo lloro
»estas líneas os escribo,
»y con el dolor mas hondo.
»Mañana me ausentaré;
»iré al lugar mas remoto,
»pues quiero de vuestro padre
»no provocar el enojo.
»Voy hazañas á emprender,
»por ver si nobleza logro.
»Si la suerte me abandona,
»os evitaré el sonrojo
»de que ameis á este infeliz:
»y vertiendo acerbo lloro,
»bajaré á la sepultura
»sin la luz de vuestros ojos!...
»A Dios, prenda idolatrada!...

»compadece mi abandono
»pues que me hallo en este mundo
»siempre despreciado y solo.
»Adios pues... Doña Maria...
»y en el lugar mas remoto,
»sabed, muger celestial,
»que tiernamente os adoro.»
(*Pausa repasa la carta*).
«Pues quiero de vuestro padre
»no provocar el enojo...»
Cuando yo sin reparar,
mi cariño así en él pongo,
y sin temer á mi padre,
me parece el mundo angosto
para publicar osada
que Don Juan es mi tesoro,
él, sin querer esponerse
de mi padre al cruel encono,
huye... se vá de mi vista
llevándose mi reposo...

Escena XV.

Maria *y* D. Pedro.

PEDRO. Y bien hace, pesia mí!...
MARIA. Padre!...
PEDRO. Sí, todo lo sé.
¿á qué acobardarse?... ¿á qué?
no temas nada de mí!
El renunciando á tu amor,
hasta mejorar de suerte
ó encontrarse con la muerte,
obra cual hombre de honor.

Escena XVI.

Dichos, Gines *y* Clara.

CLARA. De el balcon, he divisado...
Jesus... Jesus y que afan!...
que ya se acerca Don Juan
sobre su alazan tostado!
MARIA. Don Juan!
PEDRO. Silencio, por Dios!..
CLARA. Ya se vendrá á despedir...
GINES. Y tenemos que partir
en el momento los dos!
CLARA. ¿Y por que ha de disponer
Don Juan, así de tu suerte?
¡pues vaya, que es una muerte
lo que llega á suceder!...
GINES. A donde vaya mi amo,
le tengo que acompañar:
no lo debes estrañar,
porque mas que á tí le amo.
Porque él es, la bella rosa,
espina del tallo soy:
por fuerza, con él me voy
no puede ser otra cosa.
Si no, mi Clara, examina
dejando ya esa querella,
al cortar la rosa bella,
si vá rosa sin espina!

Escena XVII.

Dichos, D. Juan.

JUAN *á D. Pedro.* Quiero una gracia pediros.

en tan amargo momento.
PEDRO. Decid pronto...
MARIA. (¡Que tormento!)
PEDRO. Que anhelando estoy serviros.
JUAN. Parto á provocar mi suerte,
mas la tengo tan menguada,
que quizá en esta jornada
dé de cara con la muerte.
Por si sucediere asì
este retrato os doy yó
del padre que me engendró,
y que jamás conocí.
Si fuere mi suerte pia,
triunfante aquí volveré:
de vos lo recibiré
con la mano de Maria! (*Le dá el retrato*).
PEDRO. ¡El retrato de Rodrigo!..
¡Que es esto, Dios Soberano!...
¡el retrato de mi hermano!..
MARIA. ¿Es cierto?
PEDRO. ¡Como lo digo!..
JUAN. (No fué vana mi sospecha!)
MARIA. Es mi primo?.. No!.. yo sueño!
JUAN. Despierta estás!
MARIA. ¡Dulce dueño!
GINES. (Pues la ocasion aprovecha (*A D. Juan*).
á advertirtelo me arrim o,
porque puede á no dudar
el Señor Vargas, casar
á la prima con el primo).
JUAN. Mas ahora, lejos quizá...
PEDRO. No, D. Juan: ya no partís!.
JUAN. Cielos!..
CLARA. Ah!..
MARIA. Mas ¿ que decis?.....
PEDRO. Digo... que no partirá!..

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

El mismo salon del acto segundo.

Escena I.

¡Quien pudiera imaginar
que al que mi hermano Rodrigo,
de esa manera aborrece
y hace la guerra, es su hijo!
¡Bien muestra el mozo ser noble
por generoso y altivo,
y es modelo de valientes
y al mundo asombra su brio!...
Su apostura, es arrogante...
Si por Dios!... Es mi sobrino!...

Escena II.

D. Pedro *y* D. Rodrigo.

RODRIGO. Me han dicho que hablarme quieres.
PEDRO. Hablarte quiero, Rodrigo,
porque hacerte una pregunta
ha poco que me ha ocurrido.
RODRIGO. Pues pregunta lo que quieras;
á escucharte me aprocsimo.
PEDRO. Jóvenes siendo los dos,
aquí á nuestra casa vino
un famoso retratista;
y nuestro buen padre, quiso
que á entrambos nos retratase:
trabajó con mucho ahinco,
y en breve, con grande acierto
nuestros dos retratos hizo.
RODRIGO. Es cierto.... ¿mas á qué viene...?
PEDRO. Es tan solo, porque he visto
esta mañana, guardado
en una gabeta el mio,
y recordé que hace años
que en Córdoba nos reunimos;
y que habiendo estado aquí
tanto tiempo...
RODRIGO. Ya imagino
lo que me vas á decir,
como si lo hubiese oido:
que en tanto tiempo aquí juntos,
ese retrato no has visto;
pues sabe que no le tengo....
PEDRO. ¿Por que?
RODRIGO. Por que lo he perdido.
PEDRO. ¿Te acuerdas acaso en donde?...
RODRIGO. (Si podrá tener indicio)...
Me acuerdo: cuando á Aragon

desde Andalucia partimos,
unos cuantos caballeros
vestidos de acero limpio,
un encuentro con el moro
por un acaso tuvimos;
nosotros cortos en número
siendo á la par sorprendidos,
por mucho que peleamos
fuimos al cabo vencidos,
y del bárbaro africano
cuando dispersos huimos,
presa fué nuestro equipage.
y ese retrato....

PEDRO. Rodrigo!...
¿Y como que de ese lance
noticia nunca tuvimos?

RODRIGO. Como no era favorable
y conocia el cariño
de mi padre, yo no quise
darle un mal rato...

PEDRO. Buen hijo!...
Pero que no es la verdad
lo que dices me malicio,
y que no es de esa manera
como el retrato has perdido.

RODRIGO. Obligado no me encuentro
supuesto que eso me has dicho,
á dar cuentas del retrato
que fué solamente mio:
y estraño que de ese modo
me interrogues...

PEDRO. Mas Rodrigo...

RODRIGO. Y si acaso de otro modo
como dices, lo he perdido,
no tengo porqué negarlo,
pues repito que era mio:
¡me ves que condescendiente
te cuento lo sucedido,
y dudas de mis palabras!...

PEDRO. ¿Y si yo te facilito

ocasion, una persona
que no es ningun berberisco
ese retrato te enseña?

Rodrigo. Te diré que lo ha adquirido
por hallazgo... ó por dinero:
porque el moro que se hizo
presa de él, muy bien pudo
venderlo á precio escesivo;
pues cual sabes, de diamantes
él estaba guarnecido.
Tambien pudo en otra accion
y batallando con brio,
por algun heroe cristiano
muerto quedar ó vencido,
y de él ser despojado...
trabajo será inaudito,
el querer averiguar
las manos que habrá corrido
y en poder de quien está:
eso fuera... un desatino!

Escena III.

D. Pedro.

Yo no sé lo que pensar!..,
se marcha por no decir...
ese lance no escribir...
lo del retrato callar!... (*Pausa*).
Si acaso verdad digera
mi hermano, y en este afan
ese gallardo D. Juan
el hijo suyo no fuera...
Si ese mozo aventurero
el retrato quitó á un moro
y viene con tal tesoro
aquí, á engañarnos artero...
¡Si procurando lograr

el ser dueño de Maria,
con tan grande villania
nos ha querido engañar!....
Mas fuerza será que aclare,
porque estoy sufriendo mucho,
estas dudas con que lucho
y la verdad se declare. (*Pausa*)
Pero hallo sinceridad
en el noble proceder
de Don Juan: ¡no puede ser
quepa en él tanta maldad!
Es forzoso que me aflija
siendo cierta su traicion!...
mas voy, que sin dilacion,
consultaré con mi hija.

Escena IV.

—

Gines y Clara.

LARA. Con que dime, Gines mio:
¿cuando vendrá tu Señor?
INES. Muy pronto será, mi amor.
LARA. Pues ya de la suerte fio:
porque siendo la verdad,
y si no lo es, está fresco!
ese estrecho parentesco,
nos dá la felicidad.
Digo yo... si cierto es
de que no encerraron dolo,
diciendo la verdad solo
las palabras de Gines.
INES. ¿Dudas monona de mí?
LARA. Unas veces creo que no.
NES. Entonces las otras...
LARA. Oh!...
las otras... pienso que sí.
NES. ¿Y quien diablos te aconseja

para que puedas dudar
de mi fe? ¿Te llegué á dar
motivo alguno de queja?
¿A caso no ves muy claro
lo mucho que te amo, Clara?
¿mi labio no te declara
lo que en los ojos declaro?
¿no observas la claridad
que hay en mi conducta? di!
mas claro: ¿no ves, que en ti
está mi felicidad?
Te juro por esta cruz
que miras, Clara querida,
que eres el bien de mi vida:
eres mi gloria y mi luz!
Que estoy en la oscuridad
confundido, bella Clara,
aunque haya sol, ¡cosa rara!
si no hallo tu claridad.
Si, mi Clara: no te asombre
si tanto amor te aseguro:
es verdadero, y lo juro
por lo claro de tu nombre!

CLARA. Calla! ¿No escuchas rumor?
GINES. Es verdad, que llega alguno.
¡reniego del importuno!...
CLARA. Silencio, que es tu Señor.

Escena V.

—

Dichos *y* D. Juan.

JUAN. ¿Está en casa Don Rodrigo?
CLARA. Hace poco que salió.
JUÁN. ¿Y tambien Don Pedro?
CLARA. No.
JUAN. Pues vé y dile...
CLARA. ¿Qué le digo?

JUAN. Que verle al punto deseo.
CLARA. Al momento (Quiera Dios
que de esto resulten dos
lazos fieles de himeneo).

Escena VI.

D. Juan, Gines.

JUAN. Oh!... ¡que zozobra Gines,
me devora el corazon!
GINES. Pero dime: si es tu padre
ese orgulloso Señor,
¿por qué no le haces la ley
y nos casamos los dos,
y somos todos felices
aunque le pese á ese huron?
JUAN. Calla Ginés, que es mi padre.
GINES. Al punto callaré yo:
pero dime ¿qué le debes?
á tu madre abondonó:
á tí, desde que te conoce
te persigue con furor;
tú, te has criado solito,
y ninguno te amparó
cuando por esas montañas
hambre aguda te acosó:
pues si á tí solo te debes,
á tu heroismo y valor,
el ser que tienes, y á mas
alguna suposicion,
á nadie debes respetos;
con que haz tu gusto, Señor!
JUAN. Nada le debo, es verdad:
pero el Eterno ordenó
que el ser me diera ese hombre:
y ya que otra cosa no,
le debo mucho respeto;

le debo... veneracion.
Es verdad, que como padre
conmigo no se portó:
pero cuando aquí le encuentro,
no debo acordarme yo
del martirio de mi madre,
ni mi destino feroz:
á mi me toca acatarle:
juzgarle, le toca á Dios!

Escena VII.

Dichos, D. Peddro *y* Clara.

PEDRO. ¿Don Juan... Mas dejadnos solos.
JUAN. Si, retírate; Ginés. (*Se marchan* Gines *y* Clara*)*.
PEDRO. En este mismo aposento
ha poco á mi hermano hablé,
y entonces por el retrato
con maña le pregunté;
me contestó, que atacado
por gente del bando infiel,
despojado de sus joyas
al par que vencido fué,
y que entre ellas tenia
su retrato· con que veis
que es preciso, al momento
una entrevista con él
tengais porque si se obstina
sin querer reconocer
que sois su hijo...
JUAN. Señor,
al momento le hablaré,
porque mucho lo deseo.
PEDRO. Y yo lo anhelo, pardiez!...
no sabeis la lucha horrenda
que tengo que sostener;
de la duda, me empozoña

en el corazon la hiel...
JUAN. ¿Dudais acaso señor
de mí?
PEDRO. Don Juan no lo sé:
mi hermano se acerca aquí:
os dejo solo con él,
pero lo que aquí se hable
desde allí lo escucharé.

Escena VIII.

—

D. Juan; D. Rodrigo.

RODRIGO. Vos aquí?... ¡vive Dios!..
JUAN. Si, D. Rodrigo
aquí me encuentro, y os espero solo
porque aguardo teneros por amigo,
y no temo de vos furor ni dolo.
RODRIGO. ¿Qué me esperais á mí? ¡no lo comprendo!...
JUAN. Os dige que os aguardo, y vais á oirme.
RODRIGO. Os habeis engañado, pues pretendo
no pláticas con vos, sino batirme!
D. JUAN. ¿Os empeñais? Pues bien! Nos batiremos,
cuando os haya contado triste historia
en la que parte por igual tenemos,
y que fija conservo en mi memoria.
RODRIGO. Tened presente vos, que sois villano;
que no debe jamás un caballero,
alternar con un vil; con un gitano,
atrevido y audaz aventurero!
JUAN. Esta historia, á mi ver os interesa,
y debeis escucharla: cuando acabe...
RODRIGO. Me causa ese descaro gran sorpresa,
pues nada hay de comun...
D. JUAN. Señor, ¿quien sabe?
escúcheme con calma un corto espacio.
el rancho de un gitano miserable,
que tenga algo que ver con un palacio.

acaso es D. Rodrigo muy probable.
En el año de mil y cuatrocientos
sesenta y tres, Señor, pasó mi historia;
historia que me causa mil tormentos,
ocupando, cual dige, mi memoria.
La bella aurora, apenas alumbraba
al nacer un hermoso y claro dia,
y un gallardo mancebo, cabalgaba
de Ronda, en la escabrosa serrania;
el fogoso bridon, iba saltando
de peña en peña con violencia suma,
sus pechos y jaeces salpicando
pues su boca arrojaba blanca espuma.
El jóven procuraba contenerle,
mas el bruto apretaba su carrera:
y no siendo posible detenerle
desbocada siguió la noble fiera.
El ginete por fin fué desprendido
de la siya, y cayó: la peña dura
recibióle, y quedóse sin sentido
del monte entre la lóbrega espesura.

RODRIGO. (Oh!... Gran Dios!)

JUAN. Mas á poco una doncella
de tez morena y de rasgados ojos:
de talle esbelto; complaciente y bella;
con falda azul y los recortes rojos:
una gitana en fin!... á quien natura
la otorgó para colmo á sus hechizos,
un alma impresionable, al par que pura,
lindas quedejas de ondulantes rizos.
Sin duda la condujo su destino
para empezar su largo sufrimiento:
vió al mancebo espirante en su camino
y á los suyos llamó: en aquel momento
salieron de los ranchos y cabaña
varios gitanos; con afan bajaron
por enmedio de la áspera montaña,
y al herido oficiosos levantaron.
En el rancho curó, y convaleciente
con la linda doncella conversaba,

y el fuego del amor, muy lentamente
á la infeliz, el pecho la abrasaba.
El conociólo al fin, y amor eterno
la juraba: creyó ella su ternura,
y pronto se trocó en horrible infierno
de la triste gitana la ventura.

RODRIGO. Esos sucesos que me son estraños
¿á que me referis?... ¿No veis que ahora...

JUAN. A pesar de que median muchos años
Don Rodrigo de Vargas, hoy no ignora
el papel que le toca en este cuento.

RODRIGO. ¿En ese cuento á mí?

JUAN. Señor, sin duda!

RODRIGO. El castigo daré á su atrevimiento.
(Vá á tirar de la espada).

JUAN. *(Presentándole el retrato).*
Este retrato, contra vos me escuda!

RODRIGO. Ese retrato!....

JUAN. Que quedó olvidado
cuando el noble partió á Fuenterrabía,
habiendo á la infeliz abandonado
en medio de su llanto y agonia!
Sufriendo cruel dolor: desesperada
apurando su caliz de veneno,
y llevando la misera cuitada,
fruto de amor que se albergó en su seno!

RODRIGO. Gran Dios!... ¿En cinta estaba Lucia?

JUAN. Para negar, os falta la memoria,
¿pues como es que su nombre conocia
sin noticias tener de tal historia?
Su rancho abandonó, siempre ignorando
de su amante falaz el paradero:
su deshonra de todos ocultando,
camino de Aragon tomó el sendero.
Y á donde son seis años de paz goza,
llegó por fin, cruzando las montañas
y allí dió á luz, cercana á Zaragoza,
al hijo nutriera en sus entrañas.

RODRIGO. Un hijo!... ¿donde está?

JUAN. Pasó su infancia

sin saber de su vida el cruel misterio;
mas su madre al morir, de la ignorancia
le sacó: pero hablóle con imperio
entonces el corazon, y en el momento
que huérfano quedó, tomó una espada
y de la gloria y del honor sediento
muy pronta en sangre infiel viola manchada.
Despues que pereció su infeliz madre,
vuestro hijo tan solo ha ambicionado
digno hacerse del nombre de su padre
y se halla á vuestros pies arrodillado. (*Se arrodilla*).

RODRIGO. Mi hijo vos!... Imposible... no lo creo!
anhelais enlazaros con Maria,
mas no vereis la antorcha de himeneo
encendida por esa vil falsía!
Por acaso supísteis mi secreto;
y ese retrato que á sus manos vino,
pensásteis que sirviera á vuestro objeto!...
mas pensar engañarme, es desatino!
Vos sediento de gloria y de grandeza,
no perdonais para adquirirla modo;
porque juzguen que sois de la nobleza,
jugar quereis el todo por el todo!

JUAN. Que nobleza y honores ambiciono!...
¿qué noble humillará jamás mi frente?
tan bueno soy como el que ocupa el trono!...
caballero cual él!... cual él valiente!...
¿Pensásteis Don Rodrigo, que buscaba
con afan el autor de mi ecsistencia,
porque noble cual él ser deseaba,
y por partir su lujo y opulencia?
Si yo he corrido por el mundo en vano
con un dolor irresistible, fiero,
y el retrato que veis aquí en mi mano
por buscar á mi padre verdadero,
creí que al encontrarle, cariñoso
su seno paternal me acojeria:
y al ver mis sentimientos, orgulloso
sus brazos sin duda me tenderia.
Al ver vuestra conducta... oh Dios!... Me aflijo!...

y aunque al respeto filial no cuadre,
si vergüenza os causó llamarme hijo...
¡yo me avergüenzo de que seais mi padre!...

ODRIGO. ¡Mi hijo sois... Oh! sí, sí! lo he conocido!...
Mas D. Juan por piedad! ¡hablad mas quedo!
Sereis de mi, por siempre muy querido:
pero al mundo decirlo... no, no puedo!...

UAN. Que no podeis decirlo? Me sonrojo
de escucharlo señor!... de la nobleza
evitaros quereis el necio enojo!...
guardad vuestro blason!... vuestra grandeza!..
Vos el pecho de un hijo desgarrais
por esa pompa; por orgullo vano,
y el ser que le habeis dado le negais....
no obrára así, por Dios!... ningun villano!

ODRIGO. Si á vuestra madre yo no conociera,
un miserable fuera solamente,
y entonces en verdad que no se viera
la altivez que mostras en vuestra frente.

UAN. Es cierto: pero hubiera conocido
al par que conocí á mi pobre madre,
y hubiera los alhagos recibido
de un cariñoso y verdadero padre.
Libre mi frente de baldon impuro,
él me hubiese enseñado con empeño
á amarle siempre: á reposar seguro,
porque él guardára mi apacible sueño:
Solo mi madre, sin cesar, llorando
su desgracia cruel y su abondono
mi triste sueño la infeliz velando
y maldiciéndoos con feroz encono
tuve: mas luego, cuando el cielo quiso
tal bien me arrebató: quedéme solo,
y salir por el mundo fué preciso
llevando mi baldon, y espuesto al dolo.
La pena sin cesar me consumia,
cuando pensaba en mi fatal destino;
y en esta situacion, faltóme un guia
que del bien, me pusiera en el camino!

ODRIGO. ¡Mas bajo por tu vida!... por el cielo!...

eres sin duda alguna, el hijo mio:
á solas, te daré el dulce consuelo
de estrecharte en mis brazos: nunca impio
reveles mi baldon: ¿qué se diria,
si acaso entre los nobles se supiera
que de ese modo descendí en un dia
teniendo amores en tan baja esfera?

JUAN. ¿Elejí yo mi madre por ventura?
¿tuve yo mi destino entre mis manos?..
¿Por qué llevásteis vuestra ternura
á la choza infeliz de los gitanos?
Ocultando mi origen, me condeno
á un eterno baldon; tenedlo en cuenta,
ha tiempo que por eso á solas peno,
y que arrastro sin culpa tal afrenta.
¿Quereis que yo renuncie á mi esperanza?
¿que me prive de gratas sensaciones?
¡Tanta virtud, mi corazon no alcanza!...
¿Que pierda me exigis mis ilusiones!...
¿Qué os debo para tanto sacrificio?
temblais... os estremece que algun dia
sacuda mi vergüenza... ¡qué suplicio!..
¿Quereis que sufra siempre esta agonia...
Pues bien!... La sufriré, Señor, no quiero
jamás quitaros ilusion tan vana:
me alejaré de aquí: vos sois primero.

RODRIGO. Oh!... deteneos, D. Juan!

JUAN. Parto mañana!

Escena IX.

Dichos, D. Pedro

PEDRO. No partireis D. Juan!

RODRIGO. Gran Dios!... ¿qué le dices Pedro?

PEDRO. Tan solo le digo, hermano
que todo lo he estado oyendo.
Dajadnos amigos solos;

tengo que hablarle un momento.

Escena X.

D. Pedro y D. Rodrigo.

RODRIGO. Ay Pedro!... ¡que desgraciado
agora me considero!

PEDRO. No, Rodrigo: si tu quieres
puede darnos un contento,
y ser por siempre dichoso
la dicha de otros haciendo.

RODRIGO. Para eso necesitaba
publicar el nacimiento
de mi hijo; reconocerlo
y hacerlo hermano, no puedo!
La nobleza toda junta
me mirará con desprecio,
porque con su humilde madre
he tenido galanteos.
Esos nobles orgullosos,
todos juntos, valen menos
que mi hijo desgraciado!

PEDRO. ¿Es verdad que es un mancebo
valiente, Rodrigo, y noble
por sus generosos hechos?
¿No le viste resignado
ha poco, en este aposento,
decidirse á renunciar
por tí, despreciado siendo,
al mundo, á sus ilusiones,
á su honor en fin?... Pues bueno!
Si él así te sacrifica
su ventura y tus afectos
sin deberte, nada mas
que el baldon, el menos precio,
el abandono, y tambien
un vivir de angustia lleno:

¿por qué tú no has de ser padre
y á su virtud atendiendo
no sacrificas tu orgullo
y le consagras tu afecto?
Aquí todos le conocen
por un simple aventurero
y solamente nosotros
quien fué su Madre] sabemos.
Pues bien: para todos siga
sobre su madre el secreto:
que sepan quien es su padre
solamente, y acabemos:
que se unan nuestros hijos,
celébrese el casamiento,
y ellos unidos, sabrán
feliz nuestra vida haciendo,
consolar nuestra vejez
con su amor y su respeto.

RODRIGO. Hermano, yo lo quisiera:
pero á esos nobles, los temo!

PEDRO. Mas si alguno se atreviera
á hablar en tu contra, necio,
de tu hijo la diestra armada
atravesará su pecho.
La dicha de mi María;
la de todos, la tenemos
hoy en tu mano: decide!
con una palabra....

RODRIGO. Pedro!...

PEDRO. Pues qué!... ¿querrás que tu hijo
por los áridos desiertos
oculte desesperado
su llanto y su vituperio,
solo en el mundo, luchando
con un torcedor eterno,
y cuando allí, abandonado
de todos, su mal sufriendo
fiera maldicion te lance...

RODRIGO. No, no!.. jamás!... Justo cielo!...
su maldicion, en mi frente

como una mano de hierro
pesaria...

PEDRO. Que agoviado
por tus pesares acerbos,
desesperado se lance
en peligrosos encuentros,
y en las lanzas enemigas
quede el desgraciado muerto...

RODRIGO. No!... Gran Dios!.. Hijo querido!

PEDRO. Que no encuentre, suponiendo,
la muerte en una batalla..
en un rincon padeciendo
espirará, y de su muerte
cuenta darás al Eterno!...

RODRIGO. Oh!... mi pecho despedazas!...

PEDRO. Hermano, ya no hay remedio!
entre tu orgullo y tu hijo,
elige... ¿quien es primero?...
Puedes hacerle dichoso:
puedes ser feliz...

RODRIGO. Oh!.... Quiero...

PEDRO. Haz Rodrigo que tu hijo
te deba su dicha al menos,
siquiera por la orfandad
en que vivió tanto tiempo.
Así te bendecirá
y pondrá todo su empeño
en hacerte venturoso:
si nó, los remordimientos
te devorarán el alma;
y de tu existencia el resto,
emponzoñará de un hijo
tan desgraciado el recuerdo!

RODRIGO. No, no!... ya estoy decidido!..
á mi hijo los brazos tiendo!....
gozoso publicaré
que soy su padre, cual debo.

PEDRO. Si, Rodrigo!... Es tu deber!...
D. Juan!... D Juan!... ¡oh contento!. .
¡á los brazos de tu padre

ven! ¡arrojate en ellos!..

Escena Última.

—

Dichos, D Juan, Maria, Gines, *y* Clara.

RODRIGO. ¡Oh!... Hijo del corazon!...
(*abrazándole*)
JUAN. Ah!... padre!...
RODRIGO. Perdona al menos
tu abandono y mi injusticia,
pues ves mi arrepentimiento.
PEDRO. Para todos hay perdon:
pronto el lazo de himeneo,
te unirá con mi Maria!
JUAN. Mi bien!...
MARIA. Mi adorado dueño!...
PEDRO. ¿No ves su dicha, Rodrigo?...
GINES. Tambien con mi Clara, quiero
que me una el mismo lazo
por toda la vida estrecho:
con que vamos á la Iglesia
todos juntos, y laus deo!
JUAN. ¡Ya soy feliz, padre amado!...
Oh!... quiero adquirir mas gloria:
celebrar con la victoria
este enlace deseado.
El Rey Fernando ha juntado
espedicion poderosa,
y que parte presurosa
para Loja contra infieles,
vendré con nuevos laureles
á los brazos de mi esposa!

FIN.

Los representantes de esta Galeria, son los Señores que á continuacion se espresan.

D. Antonio Cordero.	*Alicante.*
D. Juan Muro.	*Algeciras.*
D. Pablo del Pino y Mora. . .	*Aguilar de la frontera.*
D. Jose Marcili.	*Alicante.*
Sres. Llorens hermanos. . . .	*Barcelona.*
D. F. Arjona.	*Cádiz.*
D. Antonio Crivell.	*Ceuta.*
D. Rafael Arroyo.	*Córdoba.*
Sres. Astudillo y Garrido. . . .	*Granada.*
D. José Salas.	*Jerez de la frontera.*
D. Francisco Delgado.	*Lorca.*
D. Manuel Romeral.	*Madrid.*
Sres. Delgados hermanos. . . .	*Idem.*
D. Fermin Guirao.	*Murcia.*
D. José Moreti.	*Ronda.*
D. Juan Antonio Fé.	*Sevilla.*
D. Eusebio Garcia Ochoa. . . .	*Toledo.*
D. Juan Bautista Gimeno. . . .	*Valencia.*

En los demás puntos del reino cobrará el derecho de representacion, los Sres. representantes de la Galeria Dramática de los Señores Delgado Hermanos.